



Avanzando hacia la verdadera sostenibilidad

A pesar de algunos intentos dispersos para atribuir el progreso sobre cambio climático a la cumbre de Naciones Unidas en Río de Janeiro en junio 2012, persiste el consenso de que este encuentro generó verdaderas fumarolas de retórica y ningún resultado importante, haciendo que la estatua de Cristo Redentor que domina la ciudad clamase por un aire menos contaminado, según un humorista gráfico.

El cambio climático no pasa de ser la tendencia ambiental más llamativa que amenaza la sostenibilidad; la primera parte de este libro explica con detalle algunas otras donde la humanidad parece haber generado un descubierto en sus cuentas con la naturaleza. Sin embargo, estamos muy lejos de encontrarnos indefensos. Esta sección recoge una serie de medidas que, de aplicarse decididamente, podrían situarnos en una senda sostenible. Si lo hubiésemos

hecho tras la cumbre de Río hace 20 años, habríamos avanzado ya efectivamente por esa senda un buen trecho.

Una primera gran zancada sería deshacerse de las culturas consumistas. Como escribe Erik Assadourian, ha resultado que el consumismo socava tanto el bienestar humano como las funciones del planeta que sustentan la vida. Pero se trata de una forma de vida voluntariamente artificial, apuntalada por enormes sumas invertidas anualmente en publicidad, subvenciones, desgravaciones de impuestos y relaciones públicas. Podemos y debemos sustituirla por una cultura de sostenibilidad.

Muchas alternativas culturales podrían cumplir los requisitos de la sostenibilidad, pero parecen fundamentales unas cualidades determinadas. Robert Costanza y sus coautores defienden una economía que se centre en el bienestar humano en vez de en el crecimiento económico como fin en sí mismo. Pavan Sukhdev insta a una intensa reforma de las empresas —los principales agentes de la «economía marrón»—, que representan el 60% del producto interior bruto global pero que generan también billones de dólares en externalidades y ejercen una influencia perniciosa en las políticas nacionales. Jeff Hohensee describe los esfuerzos de las agencias contables internacionales para incorporar las externalidades a las memorias empresariales —un paso importante en la buena dirección.

La energía es quizás el problema más desalentador al que nos enfrentamos. Las energías fósiles son el creador de la civilización moderna en un sentido muy real, pero amenazan ahora con destruirla. La única solución, afirman Thomas Princen y sus colegas, es adoptar un enfoque verdaderamente precautorio y dejar bajo tierra los combustibles fósiles, deslegitimándolos como ya ocurrió con la esclavitud y con el tabaco. En su sustitución, debemos realizar una transición rápida hacia las renovables, y T.W. Murphy calcula los pros y los contras de la energía solar, la eólica, la biomasa y otras alternativas. Señala sin embargo que son inferiores en muchos aspectos a los combustibles fósiles y alerta del peligro que entraña retrasar la transición a las renovables, pues desviaría demasiada energía que es necesaria para

otros usos. En todo caso, dicha transición se tambaleará si no se acometen esfuerzos serios en eficiencia, y Phillip Saieg nos recuerda que los edificios siguen siendo un sector olvidado pero prometedor en este sentido.

Al igual que la energía, la agricultura global se encuentra en un punto de inflexión. Danielle Nierenberg apunta que 1.500 millones de personas padecen sobrepeso mientras miles de millones pasan hambre o están desnutridas, al tiempo que el sistema despilfarra cantidades ingentes de comida. La agricultura puede ayudar a resolver multitud de problemas mediante la reducción de pérdidas de alimentos, la promoción de una producción con criterios agroecológicos y el centrarse en alimentos indígenas ricos en nutrientes en vez de comidas mercantilizadas con un alto contenido calórico. Estos alimentos nativos han sido custodiados por los pueblos indígenas de todo el mundo y Melissa Nelson, Rebecca Adamson y coautores defienden en capítulos independientes que el maltrato actual al que están sometidos estos pueblos no solo es injusto sino miope, pues amenaza con la pérdida de conocimientos valiosos de hábitats esenciales para la biodiversidad y formas de vivir sostenibles en dichos lugares.

Finalmente ¿cómo lograr estos cambios? Si la supervivencia de la civilización no fuese una motivación suficiente, Kathleen Moore y Michael Nelson consideran que los ecodesastres constituyen una violación de los derechos humanos y de los principios de justicia. Dwight Collins y sus coautores sugieren que el reconocimiento del lugar que ocupa la humanidad en el universo mediante la enseñanza de la Gran Historia, podría respaldar una acción eficaz en todo el planeta.

Finalmente todo se reduce a política. Melissa Leach ofrece estrategias para establecer puentes y conectar enfoques de arriba hacia abajo y en sentido contrario y subraya la necesidad de deliberación, movilización ciudadana, creación de redes y una explotación inteligente de ventanas políticas. Crear dicho movimiento, afirma Annie Leonard, requiere darse cuenta de que las acciones individuales «son un buen principio» pero pueden resultar «desastrosas

si nos quedamos ahí». Para lograr un cambio profundo, han de estar vinculadas a una acción política organizada y a «visiones más amplias y campañas más audaces».

Tom Prugh